

«AZORIN» O LA INCOMODIDAD

VEDLE. Va solitario y extático por los campos de la polvorienta y severa Castilla. No habla con nadie. Anda bajo el ardiente sol como insensible, como privado de sus rigores. De vez en cuando detiene sus pasos y mira a la bóveda azul: unas nubes blancas pasan lentamente, pero lentamente.

El pueblecito calcinado está desierto: las calles pedregosas, solitarias; las puertas, cerradas; los canes, tendidos en el zaguán, sacan una cuarta de lengua latente.

Los habitantes, trabajadores sin exclusión de edades, han ido al campo cargados con los aperos de labranza y no regresarán hasta el ocaso de la tarde.

El caballero erguido, apoyado en un paraguas de tela roja, va soñando el pasado: se pierde en el laberinto del caserío, y, al poco, reaparece, sentado en la plaza del pueblo, en un banco de piedra. Allí está, con las manos cruzadas, con la mirada "lanzada como una flecha al infinito".

La fuente de cuatro caños echa hilillos de agua en los pilones; un caballo flaco, lleno de mataduras, piafa bajo las arcadas de la plaza; un pájaro menudo, nervioso, picotea entre los guijarros y levanta el vuelo.

Mientras tanto, ha caído la tarde y el caballero erguido continúa sentado en el banco de piedra, con las manos cruzadas, con la mirada "lanzada como una flecha al infinito" del campo castellano que se columbra desde el caserío, con su río yermo, muerto de sed en medio de la tierra caliente.

Por la noche, en la fonda sórdida del pueblo, el caballero está en vela. Ha sacado un rimero de blancas cuartillas y escribe alumbrándose con un candil titilante; escribe con un pequeñísimo lápiz bien aguzado. Sobre la mesa tiene el "Manual", de Ford, editado en 1845, en el que se citan las posadas castellanas de Ciudad Rodrigo, de Cuenca, de Toro, de Salamanca...

A la mañana siguiente, otra vez toma el camino. En Toledo evoca el mesón del "Sevillano", a Costanza y a "Lazarillo"; en



"Azorin" en su cuarto de trabajo.

Villanueva de los Infantes, a Quevedo; a Larra en todas las posadas castellanas.

En su caminar va reconstruyendo un pasado lejano lleno de incomodidad, de inconveniente, de fatiga, de perjuicio; pero sobre todo, de incomodidad: para viajar, para vivir. Y para actuar, y para dejar de sufrir las heridas del cuerpo.

Al caballero andante le cautiva la incomodidad, la parsimonia, la vuelta a lo primario. Nada de específicos, nada de modernos procedimientos: "¡Oh, el bálsamo!", dirá para sí, lleno de contento.

Muchos años después. Ha pasado medio siglo desde que el caballero erguido andaba por los caminos de Castilla. Ahora ya no calza botas de caminar. Pero el culto a la

incomodidad persiste y persistirá siempre en él.

Abandonó los caminos, las antiguas diligencias, los destartalados ferrocarriles.

Ahora se ha ido a vivir a la Villa y Corta. La calle lleva el nombre de un poeta: Zorrilla. Es una calle empinada, estrecha, tranquila, con una iglesia, con pequeños restaurantes económicos, con casas regias, hermosas, antiguas, en las que se admiten huéspedes.

El caballero tiene un buen piso burgués, pero no lo disfruta apenas. Se pasa las horas y los días recluido en su cuarto de trabajo, que es como una cámara de Rayos X.

En la noche confidencial, sorda y muda, llega de puntillas la inspiración, como una amante cautelosa. Y el caballero se levanta para guardarla a la una, o a las dos, o a las cuatro de la madrugada.

Otra vez y siempre la incomodidad. Horas robadas al sueño y al descanso merecido. El tiempo se fuga entre las teclas de la máquina de escribir.

Ahora ha cambiado el candil por una pequeña lámpara eléctrica que ilumina la escritura. Todo lo demás permanece en la oscuridad: la mesa baja donde lee, los volúmenes hacinados en los anaqueles.

En el cuarto no hay relojes, no hay péndulos que lleven el pulso del tiempo. El caballero ha perdido la noción del tiempo.

Entre los muebles, en lugar visible, una "chaise-longue". Nada tan antagónico, tan inexplicable. Sobre su cuerpo inflado de ocio, hay un libro abierto. Es como una mariposa mareada de volar en torno a la lámpara, desvelada de jugar a las cuatro esquinas con el aburrimiento.

El caballero pasa ante la "chaise-longue" con una marcada indiferencia. Jamás, ni con el pensamiento, quiso descansar en ella. Eso sería para él una vejación, una ofensa.

Y la "chaise-longue" sigue inflándose de ocio, de indiferencia, de bostezos. Y el caballero sigue en pie a las dos y a las cuatro de la madrugada esperando la cita de la inspiración, para peinarla y rizarla y para asesinarla después como a la noche, como a tantas noches.



La "chaise-longue" de "Azorin". (Fotos Besabe.)

Martino GOMEZ-SANTOS